

La escolarización obligatoria en el Siglo XXI. Santiago Molina García. Madrid, ed. La Muralla, 2007.

Las personas que lean esta obra podrán estar de acuerdo o en desacuerdo con el papel que el autor asigna a la escuela en las sociedades de capitalismo desarrollado, con el análisis que dicho autor hace de la escuela por dentro, o con los dos modelos alternativos de escuela que en el libro se presentan. Sin embargo, creo que cualquier persona con sentido común no tiene más remedio que admitir que el modelo de escuela tradicional, que es hegemónica en todos los países (la Escuela Graduada), es absolutamente incapaz de responder a las necesidades educativas que hoy en día tienen los alumnos que están en sus aulas.

Es esa necesidad imperiosa de cambio de la escuela tradicional lo que, desde mi punto de vista, justifica la oportunidad de la publicación de una obra como la que estoy comentando. Igualmente, considero justo reconocer la valentía de la Editorial La Muralla, al atreverse a publicar una obra que va en contra de lo que podría ser considerado políticamente correcto a tenor de las actuales políticas educativas neoliberales y en función del pensamiento único que recorre el mundo de un confin al otro. Hoy en día la utopía no está de moda, sobre todo si lo que se defiende son utopías serias y bien fundamentadas teórica y sociológicamente hablando, y por ello las editoriales prefieren publicar libros que en el fondo son un listado de recetas prácticas que sirven para todo y para nada, pero que la gente se agarra a ellas como una tabla de salvación, tratando de eludir los graves desequilibrios psicológicos que las sociedades postmodernas generan. Que ello es así lo puede comprobar cualquier persona que consulta las novedades editoriales: los títulos que predominan se refieren a “cómo adelgazar, cómo ser más felices, cómo ser más inteligentes, cómo tener éxito, etc.”.

Indudablemente, el libro que estoy comentando no es adecuado para esos lectores y lectoras que buscan sublimar sus desequilibrios psicológicos, sociales y económicos a través de las páginas de unos libros fáciles y sin ningún rigor científico. Por el contrario, es un libro muy adecuado para las personas que, estando descontentas con los valores morales que predominan en las sociedades postcapitalistas y, sobre todo, con el sistema educativo que padecemos, reflexionan de forma crítica para tratar de dar a luz un nuevo modelo de sociedad y, en consecuencia, un nuevo modelo de escolarización obligatoria. Obviamente, esas personas no tienen por qué pertenecer al cuerpo profesional de los docentes, sino que también pueden ser ciudadanas y ciudadanos normales y corrientes, con hijos o sin hijos.

Lo que he querido decir en el párrafo anterior es que este libro puede ser muy útil para aquellos docentes que están insatisfechos con la cultura escolar que le da sentido a su trabajo, ya que pueden encontrar ideas muy interesantes para reelaborar y reconstruir una cultura diferente. También puede ser muy útil para aquellos docentes que se sienten satisfechos con el sistema educativo, ya que las ideas contenidas en el

libro les pueden servir para remover sus conciencias dormidas. Igualmente puede ser muy oportuna su lectura para los ciudadanos y ciudadanas que desean un cambio de los valores sociales y escolares hegemónicos, especialmente si son padres o madres. Finalmente, entiendo que la lectura del mismo debería ser de obligado cumplimiento para los estudiantes de las ciencias sociales (especialmente, de magisterio, de psicología, de sociología, de psicopedagogía y de pedagogía), ya que dispondrían de ideas fértiles y rigurosas para enfrentarse críticamente con las contradicciones que son inherentes a sus respectivas profesiones.

Como afirma su autor en la presentación (pág. 13), tampoco sería una buena estrategia enfrentarse a su lectura con una actitud moralizante, tratando de encontrar culpables del enorme desajuste en que hoy en día se ha convertido el sistema escolar y cargando la culpa de esa desastrosa situación a otros agentes educativos (o al sistema). Los profesores, los padres y madres, los alumnos y hasta los políticos hacemos lo que hacemos no porque unos seamos mejores o peores que otros, sino porque todos somos una pieza fundamental del engranaje del sistema social y cultural en que hemos nacido y nos hemos criado y, por consiguiente, compartimos los valores relacionados con la cultura escolar que legitima a dicho sistema. Ahora bien, como el estatus de cada uno de esos agentes sociales es muy diferente en el sistema escolar, no tiene nada de extraño que posean intereses reales muy distintos (aunque en el discurso oficial, todos esos agentes dicen defender la calidad de la enseñanza), que son los que explican los múltiples conflictos que se producen entre dichos agentes sociales en el devenir cotidiano de los centros escolares (es decir, en la micropolítica escolar).

En el primer capítulo el autor presenta sus ideas sobre el papel que tiene la escuela en las sociedades de capitalismo avanzado, tomando como referencia teórica los postulados marxistas, pero no entendidos de forma lineal tal y como, por ejemplo, hicieron Bourdieu, Passeron, Baudelot y Establet, sino de forma dialéctica y cultural. Ello explica que su autor defienda que el papel de la escuela en las sociedades de capitalismo desarrollado no consiste en reproducir las diferencias entre las clases sociales, sino más bien en legitimar los valores sociales y culturales que son hegemónicos en dichas sociedades. Evidentemente, esa legitimación no puede ser nunca precisa, debido a las contradicciones propias de la filosofía neoliberal que está en la base de dichas sociedades. Justamente son esas contradicciones las que permiten sospechar la posibilidad de un cambio radical del sistema educativo, sobre todo en las épocas de fuertes crisis sociales y culturales derivadas de diversos fenómenos, tales como el importante peso que hoy en día tiene el multiculturalismo en las sociedades occidentales superdesarrolladas como consecuencia de las fuertes e incontroladas corrientes migratorias, el cual se refleja vivamente en la extraordinaria heterogeneidad del alumnado, sobre todo en los colegios públicos.

En el segundo capítulo el autor hace un detallado análisis de la escuela por dentro, pero no de forma descriptiva, sino basándose en el estudio de los significados que revelan una determinada praxis didáctica, organizativa y participativa. Para hacer ese análisis el autor no se apoya en ninguna investigación empírica propia, sino en los resultados obtenidos por diversos investigadores que han realizado ese estudio descriptivo, y en su propia experiencia personal y profesional. Indudablemente, a partir de ese enfoque metodológico, el autor expone su pensamiento de forma muy didáctica, apoyando ese pensamiento con citas muy relevantes de los autores en que se ha basado, e interpretando sus conclusiones en función del estudio teórico acerca del papel de la escuela hecho en el primer capítulo. Ese referente teórico es el que permite desautorizar cualquier interpretación moralizante, a diferencia de lo que hicieron ciertos expertos de gran renombre en nuestro país, los cuales son citados (y a veces criticados) a lo largo de las páginas de este capítulo.

Probablemente, el tercer capítulo es el que se presta a mayores discrepancias por parte de los lectores, e igualmente a las mayores adhesiones. En el mismo el autor presenta dos modelos de escuela: uno basado en la enseñanza presencial, aunque con escasa similitud con el modelo de escuela que todos conocemos; otro basado en la enseñanza interactiva (a medio camino entre la enseñanza presencial y la enseñanza a distancia), tomando como base de su funcionamiento las posibilidades que hoy brindan las tecnologías de la información y de la comunicación. El primer modelo, según su autor, sería más apropiado para la enseñanza infantil y primaria, mientras que el segundo sería más propicio para la enseñanza secundaria. En cualquier caso, ambos modelos tienen en común el respeto máximo a las peculiaridades de cada alumno (individualización de la enseñanza), el cuestionamiento de un currículum oficial impuesto para todas las escuelas y alumnos por agentes externos a la escuela (por los políticos y por los técnicos que trabajan al servicio de la administración), la crítica al modelo de apoyo psicopedagógico hegemónico para los alumnos con problemas de aprendizaje, el reconocimiento de los alumnos como unas personas trabajadoras que dedican la mayor parte de sus esfuerzos y de su tiempo a la realización de los deberes que les impone la escuela (por esa razón, el autor defiende la obligación moral de pagarles un salario) y una concepción de la educación en valores basada en una democracia participativa escolar bastante diferente a la que conocemos actualmente.

Por último, el autor incluye un apéndice cuyo objetivo consiste en servir de vacuna incruenta para todos los alumnos y alumnas que se ven sometidos a un modelo de escolarización obligatoria, basado en un discurso teórico que afirma que la escuela actual está al servicio de las necesidades de los alumnos, pero que en la realidad está al servicio de los valores defendidos por los grupos sociales hegemónicos de las sociedades capitalistas desarrolladas (competitividad, individualismo, insolidaridad, etc.). En la primera parte de dicho apéndice se ofrecen una serie de recomendaciones para mejorar el rendimiento escolar de los alumnos en aquellas situaciones y cen-

tros escolares donde las profesoras y profesores son conscientes de que la escuela actual no está al servicio de los alumnos y, por tanto, están dispuestos a hacerle más llevadero el trance a esas criaturas que son las principales víctimas del sistema. En la segunda parte de dicho apéndice se ofrecen un conjunto de estrategias de acción, cuyo objetivo es ayudar a los alumnos a mejorar su lamentable situación en aquellos centros escolares donde existe un profesorado inflexible y apegado a las tradiciones más conservadoras y obsoletas.

A mi juicio, el contenido de ese apéndice es absolutamente defendible desde un punto de vista moral, pues como afirma Chomsky en su libro titulado *La deseducación* (ed. Crítica, 2007), una escuela crítica debe formar a sus alumnos para que sean capaces de autodefenderse ante los previsibles desgarrones psicológicos que les causará la escuela tradicional. Por ello, me parece sumamente importante que el profesorado más concienciado y más progresista lo utilice en sus clases como base de un debate honesto y desapasionado, con el fin de conocer las opiniones del alumnado y para ofrecer a los chicos y chicas herramientas de autodefensa que les son absolutamente necesarias en el sistema actual. No obstante, también estoy convencida de que ciertos profesores y profesoras encontrarán razones de peso para tildar de inmoral el contenido de dicho apéndice.

En todo caso, como decía al principio, yo creo que un libro como el que estoy comentando es muy útil para todo tipo de profesores y profesoras, independientemente de su ideología, sobre todo si lo leen sin intentar buscar culpables y con una actitud abierta y tolerante. Otro problema diferente es que se identifiquen más o menos con las ideas expresadas por su autor. Lo más reprobable sería que los profesores y profesoras cuya ideología no coincida con la del autor del libro se atrevieran a boicotearlo apoyándose en la presión solapada de ciertas asociaciones profesionales y sindicatos.

María Jesús Berenguer Polo